

“Delante de mis ojos”

Eloy Sánchez Rosillo

Conferencia del 5 de noviembre de 20, en el Curso monográfico sobre Miguel Espinosa, Universidad de Murcia, dirigido por Vicente Cervera Salinas, María Dolores Adsuar y María del Carmen Carrión. Publicado en la revista *Zenobia*, número especial dedicado al autor “Miguel Espinosa: El consuelo de la palabra”.

Aquel día de la muerte de Miguel es uno de los momentos más terribles, pero también más nítidos que yo tengo de él, curiosamente, cuando ya no estaba.

Estábamos una tarde en la cafetería *Williams*, donde solíamos reunirnos Pedro García Montalvo, José López Martí y yo, tomando un café, como todas las tardes. Los amigos sabían que nos solíamos reunir allí y, cuando más tranquilos estábamos, vimos aparecer corriendo al librero Diego Marín. Y nos extrañó, no porque viniera corriendo, sino simplemente porque él viniera, ya que es muy difícil verlo fuera de sus librerías; de pronto apareció corriendo como una exhalación en la cafetería, y entonces nos dijo que acababan de decirle que Miguel había muerto. Claro, nos quedamos desconcertados y no creyéndolo del todo. Cogimos un taxi y nos fuimos hacia el hospital de la Arrixaca, pensando durante el camino que habría algún error o que no sería tan grave. Cuando llegamos, ya estaba incluso en el tanatorio, pues lo bajaron al muy poco tiempo de llegar. Aquella noche fue larguísima, tremenda y misteriosa también. Siempre sucede que con las personas a las que queremos, cuando mueren de repente, durante un tiempo, cuando estás en el velatorio, su muerte te parece una irrealidad, parece imposible, y más en aquel caso que no sé por qué a Miguel no lo pusieron esa noche en un ataúd. Estaba encima de un mármol, tendido, y así estuvo toda la noche. Y, sobre todo, en las primeras horas, nos parecía rarísimo que estuviera allí. Realmente no me hacía a la idea de que aquello fuera verdad. No es una exageración: pensaba que no podía ser. En un momento de la noche, yo mismo pedí permiso a Juan (Espinosa), y no sé si a Pepe (José López Martí) para llamar a La Verdad y decir lo que había sucedido, para que, al día siguiente, antes de que se cerrara la edición, se diera la noticia de que había muerto

Miguel, que era un escritor muy conocido en Murcia. Quería que se le participase a la gente de esta ciudad. Yo mismo llamé y hablé con alguien del periódico, pero seguía sin creérmelo. Pero fue precisamente por la mañana, lo que nos hizo, tanto a Pepe como a mí, darnos cuenta de que eso era verdad, de que Miguel había muerto, que vimos en el periódico esa noticia, una noticia que yo mismo había dado a los periodistas. Eso fue lo que me hizo realmente tomar conciencia de aquello. Es cuando Miguel para mí realmente murió. Es lo que sucede siempre con los muertos queridos, con las personas próximas.

Este verano escribí un poema que habla de esto, con el fondo de aquel velatorio de Miguel y otros velatorios a los que he tenido que ir a lo largo de mi vida. El poema habla de esa sensación de cómo un muerto al principio, aunque esté ahí, no está muerto. Y, de pronto, sucede algo que te lo aleja, que te lo apaga:

“Delante de mis ojos”

Alguien acaba de morir.

No es aún un cadáver en las horas terribles

en las que lo velamos.

No es todavía un muerto.

Lo estamos observando con atención extrema

para ver qué sucede:

si al fin se va, si acaso regresara.

No es, desde luego, un muerto.

Sólo es alguien que vive un trance misterioso,

pero que sigue ahí, que no se ha ido.

Lo cierto es que después, no sé bien cuándo,

de un instante a otro instante, vertiginosamente,

delante de mis ojos lo inexplicable ocurre.

Y toda la distancia y el tiempo entero caen
sobre el cuerpo apagado de ese muerto remoto.